

LA OBRA POLÍTICA DE DICENTA

Parecerá extraño, pero así es. Allá, en mi más tierna juventud, cuando no tenía ni idea de lo que era y de lo que significaba el socialismo, las crónicas de *El Liberal*, de Joaquín Dicenta, me hicieron socialista. Cuando dejé de leer al gran escritor para enterarme a fondo de lo que perseguían y representaban aquellas doctrinas, dejé de ser socialista.

Hoy, detestando, rechazando todo lo dogmático del socialismo, lo que está reñido con la libertad y con el sentido común, persiste en mí aquella modalidad que grabó en mi espíritu la prosa robusta del gran escritor.

El socialismo de Dicenta es humano; lo que Dicenta propagaba, mejor aún, vulgarizaba, no tenía nada que ver ni con la política ni con

los doctrinarismos secos de la secta. Sus admirables cuadros de miseria, sus diatribas contra los poderosos explotadores del obrero, los sufrimientos incruentos de éstos, las terribles antítesis representativas de la injusticia en todos los órdenes de la vida, la acusación realista oportuna y ejemplarísima, porque obra sobre el mismo mal y no se eleva a las regiones polares de las abstracciones, ni entra en los convencionalismos de los partidos políticos, todo lo que tenía y tiene la obra del escritor de vida y de luz, ha hecho más que ninguna de las predicaciones de los *leaders* y de los cazadores de actas por las ideas igualitarias y libertadoras. Aquellas crónicas de *El Liberal*, que eran «El Germinal», diario de millares y millares de lectores, es para mí una de las obras políticas más intensas que se han hecho en España.

Dicenta, con sus latigazos restallantes, con su lirismo robusto y sano, con su arte, ha hecho más por los obreros que todos esos falsos apóstoles del socialismo español, acéfalos unos, intrigantes otros, interesados todos en

alzarse con una fuerza política para encumbrarse con el pretexto de la defensa del proletariado.

El socialismo de Dicenta es el socialismo que presiente y siente el obrero, es el socialismo que acusa con más acritud, no la manera que tienen de reaccionar ante las ideas nuestras clases conservadoras, que eso es lo de menos, sino la manera de encogerse de hombros ante la miseria y los sufrimientos, su impasibilidad ante el dolor y la injusticia, su desdén a la realidad, que es lo sangriento, la herida abierta, y que necesita cura urgente y amor cordial. ¡Las ideas! No, no eran ideas, ni son ideas lo que hace falta; lo que faltaba y lo que falta son conciencias. Y eso era Dicenta, una conciencia alta, vigilante siempre y siempre alerta en beneficio de los que sufren, decidida a acusar a los detentadores del trabajo, dispuesta a sacar a la luz pública los desmanes de los hombres de corazón duro, y las virtudes y los sentimientos admirables de las clases expoliadas.

Hombres llenos de millones, de muelles co-

modidades, ahitos de placeres, se llaman o se titulan socialistas, aceptan las ideas socialistas; pero estos mismos hombres, estos socialistas ideal y políticamente son capaces de cometer con los obreros, con los menesterosos, con los débiles, con los oprimidos, toda clase de violencias, y si no llegan a tanto, pasan por delante del misero, del mendigo que les tiende la mano o del proletario que expone sus cuitas, sin sentir aquellas ideas que han aceptado en teoría, y que son los llamados, los únicos tal vez obligados y con poder para ponerlas en práctica.

Para éstos y para los otros, para los socialistas teóricos, para los farsantes de la política y para los cerrados a la teoría y a la práctica de lo que tiene de justo, por ser humano, el socialismo, era Joaquín Dicenta un acusador constante e implacable, y al mismo tiempo era el verbo, era la expresión natural, la fe de vida del sentimiento del trabajador, del expoliado, de la víctima.

¡Bien dice Morato que en muchos escritos Dicenta era antisocialista, antisocialista poli-

ticamente considerado, antisocialista para la secta!

Leían con regocijo, como se lee todo lo que exterioriza, lo que instintivamente hemos pensado ante las cruentas enseñanzas de la realidad, las crónicas sociales de Dicenta, los obreros al ir al trabajo. Y eran para ellos un bálsamo y un acicate poderoso, porque les infiltraba la esperanza de una pronta redención. Pero leían también sus crónicas, al despertar en sus mullidos lechos, los grandes, los repletos, los ociosos. Y la crónica, señalando el mal, el daño o la infamia, era una acusación directa, propicia para conducir al arrepentimiento. Este hombre honrado, este trabajador admirable y sufrido, esta víctima — se decía el obrero — soy yo. Este ente, este miserable, este vago de real orden, este criminal — se decía a su vez el opulento — soy yo.

Y poco a poco, como horada la gota de agua la dura piedra, aquellas crónicas admirables, que maldecían unas veces, que rugían otras, que demandaban piedad siempre, fueron penetrando en las conciencias de unos y alentando

los sentimientos de los otros, haciéndolos a todos mejores, moldeando en la lucha a los más e impidiendo a los menos, por temor a ser acusados, a continuar encerrados en sus egoísmos y en sus injusticias.

¿Qué duda cabe que esta obra es una grande, una enorme y una efficacísima obra política, de verdadera, sana y alta política?

Pues ese es el nervio, el músculo y el alma de toda la labor de Dicenta.

Bien hacen los obreros en amar a su escritor, y mejor harán todavía si con este ejemplo se convencen de la verdad y van inclinándose hacia los que, como Dicenta, dedican los mejores frutos de su inteligencia a abogar por ellos, no con gritos en los mítines ni con discursos en el Parlamento, sino a todas las horas y en todos los momentos, leal y desinteresadamente.

Si aquel gran espíritu llegó tan bajo algunas veces y se enfangó en las realidades de la vida, hay que perdonárselo en gracia a los frutos que de los vicios supo sacar.

Para los moralistas al uso, tal vez aquellos

trastornos de la vida del escritor sean una falta. Para los que de la moral tenemos un concepto más amplio, aquellos excesos son comprensibles. Dicenta, por su temperamento, por el impulso nativo y característico en los espíritus escogidos, como el poeta francés y como tantos otros, necesitaba consumir energías en los torbellinos de la vida.

Fué la vida para él como una deidad, y a ella se entregó en el mal y en el bien.

Y del mal y del bien extrajo los materiales admirables para construir una obra que será inmortal. De ella, este aspecto que hemos tratado es el que tiene por entero toda nuestra admiración.

ALEJANDRO BER.

JOAQUÍN DICENTA HA MUERTO

Hecho trizas el corazón, con los ojos nublados por el llanto, y un temblor en los dedos que apenas si pueden sostener la pluma, quiero rendir al muerto glorioso, del que fui amado como un hijo, y al que respeté como un padre, el modesto tributo de mi fuerte cariño.

Hace apenas cuarenta y ocho horas que me escribía: *¡Animo! Yo aquí lucho, y venceré, ¡no faltaba más!, a esta maldita racha de microbios que quieren llevarme a la sepultura...*

Lucho—dice—. Y ¿cuándo estuvo su pluma y su corazón sin luchar? Luchador fué desde niño, que por no tolerar la imposición arbitraria de alguien que se suponía más que él, en un castillo purgó, por mucho tiempo, su rebeldía.

Ha peleado, ha cumplido noblemente su mi-

sión; supo, gallardo, desoír los cantos de sirena, y, con su independencia por escudo y su credo redentor por lanza, salió a la plaza, donde si dejó preciosa sangre, también rindió a sus pies a muchos que simbolizan la traición, el amaño y la farsa.

La gente no supo jamás quién fué Joaquín Dicenta; a su oído llegaban informaciones tendenciosas, y nunca la pura verdad; yo sí que lo sé.

Joaquín Dicenta era grande en todo: en su arte, que luce como una llamarada, y en su vida, quizá poco puesta en orden, pero pletórica de amor para todo y para todos.

Hombre fué, virtud grande en estos tiempos de claudicaciones cobardes, que murió como había vivido; su pluma jamás se vendió; su espinazo no hizo comba para besar los pies de nadie, si ese nadie no fuese una mujer, y de la nada, por esfuerzo propio, llegó a la cima, con el corazón sangrando, sí, pero con la frente en las nubes.

—¿Por qué no nos quedamos aquí?— dijo bromeando al pobre Loma, cuando acompa-

ñamos el cadáver de Eduardo Trompeta—. Nos lo agradecerían mucho estos señores... ¡Para lo que nos falta!

Algo semejante nos expresó cuando, en diciembre último, bajamos a despedirle a la estación Paco Villaespesa, el maestro Gimeno, D. Avelino F. de la Poza y yo; pero nos lo dijo bromeando, sonriendo.

Dicenta no temía a la muerte.

Quien, como él, luchó y venció, y deja una estela de amor y justicia que no se borrará nunca, puede permitirse el gozo de esperar a la Intrusa sin temblores.

Su obra... Pero, ¿para qué hablar de su obra? El tiempo la cuidará, porque con él camina.

—¡Ese *Daniel!* ¡Ese *Daniel!*—decíame doña Rosario de Acuña en su voluntario destierro de Somió!... ¡*Daniel* es, joven amigo, el primer bloque de un gran edificio que verá con asombro la generación que viene!...

Mucho hizo, pero más se preparaba a hacer.

En el portentoso archivo de su cerebro había guardados dos asuntos valientes, enérgicos

y bravos, que pensaba llevar a la escena tan pronto lo permitiera su salud. Yo los oí de sus labios de sin par narrador, con un entusiasmo...

La reaparición de *Germinal*, aquel gran periódico que hiciera con Saw, Delorme y Manolo Paso, era su sueño, su anhelo constante.

Pero ha muerto...

Los que aman la belleza, los que admiran la energía y creen en un mundo mejor, en el que la fraternidad gobierne, depositarán sobre la tumba del paladín las flores rojas de su admiración. Yo, que le quise como se quiere a un padre, no acierto más que a llorar, y con el corazón hecho trizas beso la frente que guardó tanto noble y elevado pensamiento; que quiso repartir, generoso, entre todos los hombres, sus hermanos,

¡Descansa, maestro, que bien lo mereces!
¡Tu obra, antorcha potentísima, alumbra tu cadáver!

Yo lo velo con todo amor.

FERNANDO MORA.

LA VOZ DEL PUEBLO HA MUERTO

Bajo las cálidas palmeras de la ciudad alicantina exhaló su último grito de dolor la voz del pueblo, encerrada ya para siempre en una tumba, con el insigne español que fué la encarnación genuina y bravía de todos los bizarros anhelos populares.

Joaquín Dicenta, el escritor más popular de España, el que sabía verter de los puntos de su pluma las arrogancias del pueblo, la fecundidad de la tierra y las indignaciones sacrosantas de las desigualdades sociales, ha llevado su hombría de castizo luchador y sus sentimientos de poeta nacional hasta las mismas puertas del sepulcro; y cuando la muerte oprime su garganta con los huesos fríos de sus manos descarnadas, como queriendo apagar

su voz para siempre, él sacude el torso, hincha las venas de su cuello hombruno y abre un resquicio a su aliento para lanzar el último grito de dolor, como siempre, dedicado a su patria.

Y este grito de dolor se lo inspiran los barcos quietos del puerto en ruinas, las frutas podridas en los almacenes del muelle, las caras hambrientas de los trabajadores del mar y de la tierra y los estampidos horrorosos de los submarinos agresores que hunden para siempre en las profundidades de las aguas a los buques que traían la vida a los puertos.

Este fué el *Toque de agonía* que oyó Dicenta cuando la muerte oprimió su garganta queriéndole ahogar el último grito de dolor del pueblo, que, como siempre, por sus labios se lamentaba.

Ha sido consecuente este luchador con su ideal hasta el último instante de su vida.

La voz del pueblo se apagó para siempre en su garganta, pero quedó escrita en páginas bellísimas que vibrarán eternamente: Ahí queda *Juan José*.

Y, como Zorrilla, sigue viviendo entre el pueblo español con el aliento de sus estrofas mágicas y con las bizzarrias de su caballeroso *Don Juan*, Dicenta seguirá viviendo también en el alma del pueblo con las arrogancias de su *Juan José* maravilloso, en que supo recoger una reivindicación de los tristes hijos del trabajo.

He aquí dos obras cumbres que en el transcurso de un siglo han sido producidas por dos poetas españoles que serán inmortales porque representan, uno, la España legendaria de la tizona caballerisca y de las flamencas aventuras, y otro, la nueva España, la España que lucha por la igualdad y por la redención de los oprimidos.

No parece sino que estos dos nombres ilustres de escritores populares estaban destinados a vivir en el corazón de los españoles como rosas de eterno perfume: el pueblo pone las flores sobre el cadáver de Dicenta, al mismo tiempo que refresca las de la tumba de Zorrilla en su centenario. La muerte del insigne cronista parece un homenaje al más grande de

los poetas de España, como si a él se rindiera la voz del pueblo.

Joaquín Dicenta era un corazón inagotable, de sentimientos hidalgos, cuyas mozas bizarrias, en los tiempos del Cid hubieran sido cantadas por los rapsodas en gestas populares.

Abrió su pecho, franco y generoso, a la humanidad que padece, y amamantó a todo un pueblo con la savia de su corazón bravío y de su inteligencia poderosa, dándole a beber toda su vida.

Tuvo enemigos y aun su memoria los tendrá; pero serán aquéllos, los que no comprenden la virtud de las renunciaciones ni el sacrificio de las rebeldías. Para combatirlo, clavarón y clavarán sus dardos venenosos en el sagrado de la vida íntima, sin acordarse de aquello de que *por sus obras los conoceréis*.

El mismo Menéndez Pelayo, en el prólogo de las obras inmortales de un clásico, que la Academia aún no ha publicado, decía, para justificar ciertas libertades de la vida privada, «que a los genios se les debe permitir una moral distinta a la de todos los demás hombres».

Joaquín Dicenta resucitará todos los años en los escenarios de España el día 1.º de mayo, igual que resucita Zorrilla el día 2 de noviembre, para ser aclamado por el pueblo.

Quienes dejan tales monumentos a sus nombres, distintos son de los demás mortales.

*
**

Ha muerto el escritor que representaba la voz popular en la perla levantina, en la ciudad de la luz y de las palmeras, donde hay más sol y donde se ve más grande y más inmenso el mar; donde la libertad ha enjaezado su carro triunfal y lo pasea victorioso de año en año por debajo de las victoriosas palmas para rendir su homenaje a los pies de los invictos Mártires...

Y así es como debía morir un hombre que su alma era toda luz, y su corazón grande como el mar alicantino, y su amor, esclavo de la libertad.

P. JARA CARRILLO.